

mariscal frances. Emboscaron al efecto en los algarrobales, viñedos y olivares que pueblan aquellos contornos, tiradores diestros y esforzados. El cuerpo principal se colocó á espaldas de una batería que enfilaba el camino hondo, por donde era de creer arremetiese la caballería enemiga y cuyo puente se habia cortado. Como los generales habian previsto que al fin tendrían que ceder á la superioridad y pericia francesa, deseosos de que su retirada no causara terror en Valencia, habian pensado, Caro en tirar por la izquierda, y Saint-March pasar el rio por la derecha y situarse en el collado del almacen de pólvora. Pero para verificar, llegado el caso, su movimiento con orden y evitar que dispersos fueran á la ciudad, establecieron á su retaguardia una segunda línea en el pueblo de Cuarte, rompiendo el camino y guarneciendo las casas para su defensa.

Defensa de
Valencia.

A las once de la mañana del dia 27 empezó el fuego, duró hasta las tres, siendo muy vivo durante dos horas. Al fin los franceses cruzaron el canal, y forzaron la primera línea. Caro y Saint-March se retiraron segun habian convenido. Los franceses vencedores iban á perseguirlos, cuando notaron que desde el pueblo de Cuarte se les hacia fuego. Molestados tambien por el continuado de los paisanos metidos en los cañamares de dicho pueblo, no pudieron entrarle hasta las seis de la tarde; huyendo los vecinos al amparo de las acequias, cañaverales y moreras que cubren sus campos. La pérdi-

da fué considerable de ambas partes: la artillería quedó en poder de los franceses.

Avanzó entónces Moncey hasta el huerto de Juliá, media legua de Valencia. Por la noche pasó al capitán general conde de la Conquista un oficio para que rindiese la plaza. Fué portador el coronel Solano. Congregóse la junta, á la que se unieron para deliberar en asunto tan espinoso el ayuntamiento, la nobleza é individuos de todos los gremios. El de la Conquista inclinábase á la entrega, viendo cuán imposible seria resistir con gente allegadiza, y en ciudad, por decirlo así, abierta á enemigos aguerridos. Sostuvo la misma opinion el emisario Solano, y en tanto grado, que se esforzó en probar no habia nada que temer respecto de lo pasado, así por la condicion suave y noble del mariscal frances, como tambien por los vínculos particulares que le enlazaban con los valencianos; lo cual aludia á conocerse en aquel reino familias del nombre de Moncey, y haber quien le conceptuara oriundo de la tierra. Así se discurria acerca de la proposicion, cuando el pueblo advertido de que se negociaba, desafortadamente se agolpó á la sala de sesiones de la junta. Atemorizados los que en su seno buscaban la rendicion, y alentados los de la parcialidad opuesta, no se titubeó en desechar la demanda del enemigo. Y puestos todos sus individuos al frente del mismo pueblo, recorrieron la línea animando y exhortando á la pelea. Con la oportuna resolución

Proposicion
de Moncey pa-
ra que capitale
la ciudad.

se embraveció tanto la gente, que no hubo ya otra voz que la de vencer ó morir.

El 28 á las once de la mañana se rompió el fuego. Como Moncey era dueño de casi todo el arrabal de Cuarte, le fué fácil ordenar sus batallones detras del convento de San Sebastian. A su abrigo dirigieron los enemigos sus cañones contra la puerta de Cuarte y batería de Santa Catalina. Tres veces atacaron con el mayor ímpetu del lado de la primera, y otras tantas fueron rechazados. Mandaba la batería española con mucho acierto el capitán Don José Ruiz de Alcalá, y el puesto los coroneles baron de Petrés y Don Bartolomé de Georget. Los enemigos no perdonaron medio de flanquear á los nuestros por derecha é izquierda, pero de un costado se lo estorbaron los fuegos de Santa Catalina, y del otro el granado de fusilería que desde la muralla hacian los habitantes. El entusiasmo de los defensores tocaba en frenesí cada vez que el enemigo huía, pero siempre se mantuvo el mejor orden. Temióse por un rato carecer de metralla, y sin tardanza de las casas inmediatas se arrancaron rejas, se enviaron barras y otros utensilios de hierro que cortados en menudos pedazos, pudieron suplir aquella falta, acudiendo á porfía las señoras de la clase mas elevada á coser los saquillos de la recien fabricada metralla. Con tal ejemplo, ¿qué brazo varonil hubiera cedido el paso al enemigo? El capitán general, los magistrados y aun el arzobispo aparecíanse á veces en medio de aquel importante puesto dan-

do brio con su presencia á los ménos esforzados.

Moncey, tratando de variar su ataque, recogió sus soldados á la cruz de Mislata, y acometió despues de un respiro la batería de Santa Catalina, á la derecha como dijimos de la de Cuarte. Era comandante del punto el coronel Don Firmo Valles, y de la batería Don Manuel de Velasco y Don José Soler. Dos veces y con gran furia embistieron los franceses. La primera cieron abrasados por el fuego de cañon y el que por su flanco izquierdo les hacia la fusilería; y la segunda huyeron atropelladamente sin que los contuviesen las exhortaciones de sus gefes. No por eso desistió Moncey, y fingiendo querer atacar el muro por donde mira á la plazuela del Carbon, emprendió nueva acometida contra la batería de Santa Catalina. Vano empeño. Sus soldados repelidos dejaron el suelo empapado en su sangre. Distinguióse allí el oficial Don Santiago O'lalor, asesinado alevemente en el propio dia por mano desconocida.

Los franceses perturbados con defensa tan inesperada y recia, trataron de dar una última embestida á la ciudad. Eran las cinco de la tarde cuando avanzando Moncey con el grueso de su ejército hácia la puerta de Cuarte, hizo marchar una columna por el convento de Jesus para atacar la de San Vicente situada á la izquierda de la primera, y confiada al cuidado del coronel Don Bruno Barrera, bajo cuyas órdenes dirigian la artillería los oficiales Don Francisco Cano y Don Luis Almela. Con-

siderábase aquella parte del muro la mas flaca, mayormente su centro en donde está colocada en medio de las otras dos la puerta tapiada de Santa Lucía, antiguamente dicha de la Boatella. Empezóse el ataque, y los españoles apuntaron con tal acierto sus cañones, que lograron desmontar los de los enemigos, y desahijarlos del punto que ocupaban con notable matanza. Desde aquella hora, que era ya la de las ocho de la noche, cesó el fuego en ambas líneas. Durante los diversos ataques arrojaron los franceses á la ciudad granadas que no causaron daño.

Hechos notables de algunos españoles.

El padre Rico anduvo constantemente por los parages de mayor riesgo, y coadyuvó grandemente á la defensa con su energía y brioso porte. Fué imperturbable en su valor Juan Bautista Moreno que sin fusil y con la espada en la mano alentaba á sus compañeros, y tomó á su cargo abrir y cerrar las puertas sin reparar en el peligro que á cada paso le amenazaba. Mas sublime ejemplo dió aún con su conducta Miguel García, mesonero de la calle de San Vicente, quien hizo solo á caballo cinco salidas, y sacando en cada una de ellas cuarenta cartuchos, los empleaba como diestro tirador atinadamente. Hechos son estos dignos de la recordacion histórica, y no deben desdeñarse aunque vengan de humilde lugar. Al contrario, conviene repetirlos y grabarlos en la memoria de los buenos ciudadanos, para que sean imitados en aquellos casos en que peligré la independencía de la patria.

La resistencia de Valencia, aunque de corta duracion, tuvo visos de maravillosa. No tenia soldados que la defendiesen, habiendo salido á diversos puntos los que ántes la guarnecian, ni otros gefes entendidos sino oficiales subalternos que guiaron el denuedo de los paisanos. Los franceses perdieron mas de 2000 hombres, y entre ellos al general de ingenieros Cazal con otros oficiales superiores. Los españoles resguardados detras de los muros y baterías, tuvieron que llorar pocos de sus compatriotas, y ninguno de cuenta.

Al amanecer del 29 Don Pedro Túpper puesto de vigía en el miguelete ó torre de la catedral, avisó que los enemigos daban indicio de retirarse. Apenas se creia tan plausible nueva, mas bien pronto todos se cercioraron de ello viendó marchar al enemigo por Torrente para tomar la calzada que va á Almansa. La alegría fué colmada, y esperábase que el conde de Cervellon acabaria en el camino de destruir al mariscal Moncey, ó por lo ménos le molestaría y picaría por todos lados. Muy léjos estaba de obrar conforme al comun deseo. El general español habia venido á Alcira cuando supo el paso de los franceses por las Cabrillas y su marcha sobre Valencia. Allí permaneció tranquilo, y no trató de disputar á Moncey el paso del Júcar despues de su derrota delante de los muros de la capital. Tachósele de remiso, principalmente porque habiendo consultado á los oficiales superiores sobre el rumbo que en tal oportunidad convendria seguir, opina-

Retirase Moncey.

Inaccion de Cervellon.

ron todos que se impidiese á los franceses cruzar el río: no abrazó su dictámen fundándose en lo disciplinados que todavía estaban sus soldados: prudencia quizá laudable, pero amargamente censurada en aquellos tiempos.

Conducta laudable de Llamas.

Perjudicó tambien á su fama, aun en el concepto de los juiciosos, la contraposicion que con la suya formó la conducta de Don Pedro González de Llamas y la de Don José Caro. A este le hemos visto acudir al socorro de Valencia, y si bien no con feliz éxito, por lo ménos retardó con su movimiento el progreso del enemigo, lo cual fué de suma utilidad para que se preparasen los vecinos de la ciudad á una noble y afortunada resistencia. El general Llamas que de Murcia se habia acercado al puerto de Almansa, noticioso por su parte de que los franceses iban á embestir á Valencia, habia avanzado rápidamente y colocádose á la espalda en Chiva, cortándoles así sus comunicaciones con el camino de Cuenca. Y despues obedeciendo las órdenes de la junta provincial, hostigó al enemigo hasta el Júcar, en donde se paró asombrado de que Cervellon hubiese permanecido inactivo. Prodigáronse pues alabanzas á Llamas, y achacóse á Cervellon la culpa de no haber derrotado al ejército de Moncey ántes de la salida del territorio valenciano. Como quiera que fuese, costóle al fin el mando tal modo de comportarse, graduado por los mas de reprehensible timidez. Moncey prosiguió su retirada incomodado por el paisanage, y á punto que no osa-

ba desviarse del camino real. Pasó el 2 de julio el puerto de Almansa, y en Albacete hizo alto y dió descanso á sus fatigadas tropas.

Entretanto no sabia el gobierno de Madrid cuál partido le convenia abrazar. Notaba con desconsuelo burladas sus esperanzas, no habiendo reprimido prontamente la insurreccion de las provincias con las expediciones enviadas al intento. Temia tambien que las tropas desparramadas por diversos y lejanos puntos, y molestadas sin gozar de un instante de sosiego, no acabasen por perder la disciplina. Mucho contribuyó á su desconcierto la enfermedad grave de que fué acometido el gran duque de Berg en los primeros dias de junio, con lo cual se hallaron los individuos de la junta faltos de un centro principal que diera union y fuerza. Hubo entre los suyos quien le creyó envenenado, y entre los españoles no faltó tambien quien atribuyera su mal á castigo del cielo por las tropelías y asesinatos del 2 de mayo. Los ociosos y lenguaraces buscaban el principio en un origen impuro, dando lugar á sus sueltas palabras los deslices de que no estaba exento el duque. Mas la verdadera enfermedad de este era uno de aquellos cólicos por desgracia harto comunes en la capital del reino, y que por serlo tanto los ha distinguido en una disertacion el docto Luzuriaga con el nombre de cólicos de Madrid. Agregáronsele unas tercianas tan pertinaces y recias, que descaeciéndole su espíritu y su cuerpo, tuvo que conformarse con el dictámen de

Enfermedad de Murat.

los facultativos de trasladarse á Francia, y tomar las aguas térmales de Bareges. Provocó tambien á sospecha de emponzoñamiento el haber amalado muchos de los soldados franceses, y muerto algunos con síntomas de índole dudosa. Para serenar los ánimos el baron Larrey, primer cirujano del ejército invasor, examinó los alimentos, y el boticario mayor del mismo Mr. Laubert analizó detenidamente el vino que se les vendia en varias tabernas y bodegones de dentro y fuera de Madrid. Nada se descubrió de nocivo en el líquido, solamente á veces habia con él mezcladas algunas sustancias narcóticas mas ó ménos excitativas, como el agua de laurel y el pimientó que para dar fuerza suelen los vinateros y vendedores añadir al vino de la Mancha, á semejanza del óxide de plomo ó sea litargirio que se emplea en algunos de Francia para corregir su acedia. La mixtion no causaba molestia á los españoles por la costumbre, y sobre todo por su mayor sobriedad: dañó extremadamente á los franceses no habituados á aquella bebida, y que abusaban en sumo grado de los vinos fuertes y licorosos de nuestro terruño. El examen y declaracion de Larrey y Laubert tranquilizó á los franceses, recelosos de cualquiera asechanza de parte de un pueblo gravemente ofendido; pero el de España con dificultad hubiera recurrido para su venganza á un medio que no le era usual, cuando tantos otros justos y nobles se le presentaban.

En lugar de Murat envió Napoleon á Madrid al

Enfermedades en su ejército. Opinión de Larrey.

general Savary, el que llegó el 15 de Junio. No agradó la eleccion á los franceses, habiendo en su ejército muchos que por su graduacion y militar renombre reputábanse como muy superiores. Asimismo en el concepto de algunos menoscababa la estimacion de la persona escogida, el haber sido con frecuencia empleada en comisiones mas propias de un agente de policia que de quien habia servido en la carrera honorífica de las armas. No era tampoco entre los españoles juzgado Savary con mas ventaja, porque habiendo sido el celador asiduo del viaje de Fernando, coadyuvó con palabras engañosas á arrastrarle á Bayona. Sin embargo, su nombre no era ni tan conocido ni odiado como el de Murat: además, llegó en sazón en que muy poco se curaban en las provincias de lo que se hacia ó deshacia en Madrid. Asuntos inmediatos y de mayor cuantía embargaban toda la atencion.

El encargo confiado á Savary era nuevo y extraño en su forma. Autorizado con iguales facultades que el lugarteniente Murat, no le era lícito poner su firma en resolucion alguna. Al general Belliard tocaba con la suya legalizarlas. El uno leía las cartas, oficios é informes dirigidos al lugarteniente; respondia, determinaba: el otro ceñíase á manera de una estampilla viva á firmar lo que le era prescrito. Los decretos se encabezaban á nombre del gran duque como si estuviese presente ó hubiese dejado sus poderes á Savary, y este disponiendo en todo soberanamente, incomodaba á varios de

Savary sucesor de á Murat.

Singular comision de Savary.

los otros gefes que se consideraban desairados.

Su conducta.

Para mostrar que él era la suprema cabeza, á su llegada se alojó en palacio, y tomó sin tardanza providencias acomodadas al caso. Prosiguió las fortificaciones del Retiro, y construyó un reducto al rededor de la fábrica real de porcelana allí establecida, y á que dan el nombre de casa de la China, en donde almacenó las vituallas y municiones de guerra. Pensó despues en sostener los ejércitos esparcidos por las provincias. Tal habia sido la órden verbal de Napoleon, quien juzgaba, „ser lo „mas importante ocupar muchos puntos, á fin de „derramar por todas partes las novedades que habia querido introducir....” Conforme á ella é incierto de la suerte de Dupont, cuya correspondencia estaba cortada, resolvió Savary reforzarle con las tropas mandadas por el general Vedel que se hallaban en Toledo. Ascendian á 6000 infantes y 700 caballos con doce cañones. El 19 de junio salieron de aquella ciudad, juntándoseles en el camino los generales Roize y Liger-Belair con sus destacamentos, los cuales hemos visto fueron compelidos á recogerse á Madrilejos por la insurreccion general de la Mancha.

Envia á Vedel para reforzar á Dupont.

Los franceses por todas partes se encontraban con pueblos solitarios, incomodándoles á menudo los tiros del paisanage oculto detras de los crecidos panes, y ¡ay de aquellos que se quedaban rezagados! No obstante, asomaron sin notable contratiempo á Despeñaperros en la mañana del 26 de junio.

Paso de Sierra-morena.

La posicion estaba ocupada por el teniente coronel español Don Pedro Valdecañas, empleado ántes en la persecucion de contrabandistas por aquellas sierras, y ahora apostado allí con objeto de que colocándose á la retaguardia de Dupont, le interceptase la correspondencia é impidiese el paso de los socorros que de Madrid le llegasen. Habia atajado el camino en lo mas estrecho con troncos, ramas y peñascos, desmoronándole del lado del despeñadero, y situando detras seis cañones. Paisanos los mas de su tropa, y él mismo poco práctico en aquella clase de guerra, desaprovechó la superioridad que le daba el terreno. Cedieron luego los nuestros al ataque bien concertado de los franceses, perdieron la artillería, y Vedel prosiguió sin embarazo á la Carolina, en cuya ciudad se le incorporó un trozo de gente que le enviaba Dupont á las órdenes del oficial Baste, el saqueador de Jaen. Llevada pues á feliz término la expedicion, creyó Vedel conveniente enviar atras alguna tropa para reforzar ciertos puntos que eran importantes, y conservar abierta la comunicacion. Por lo demas, bien que pareciesen cumplidos los deseos del enemigo en la union de Vedel y Dupont, pudiendo no solo corresponder libremente con Madrid, mas aun hacer rostro á los españoles y desbaratar sus mal formadas huestes, no tardáremos en ver cuán de otra manera de lo que esperaban remataron las cosas.

Aquejábale igualmente á Savary el cuidado de Moncey, cuya suerte ignoraba. Despues de haber-

Refuerzos enviados á Moncey.

se adelantado este mariscal mas allá de la provincia de Cuenca, habian sido interrumpidas sus comunicaciones, hechos prisioneros soldados suyos sueltos y descarriados, y aun algunas partidas. Juntándose pues número considerable de paisanos, alentados con aquellos que calificaban de triunfos, fué necesario pensar en dispersarlos. Con este objeto se ordenó al general Caulincourt, apostado en Tarazona, que marchase con una brigada sobre Cuenca. Dió vista á la ciudad el 3 de julio, y una gavilla de hombres desgobernada le hizo fuego en las cercanías á bulto y por corto espacio. Bastó semejante demostracion para entregar á un horroroso saco aquella desdichada ciudad. Hubo regidores é individuos del cabildo eclesiástico que saliendo con bandera blanca quisieron implorar la merced del enemigo; mas resuelto este al pillage sin atender á la señal de paz, los forzó á huir recibiendo á cañonazos. Espantáronse á su ruido los vecinos, y casi todos se fugaron, quedando solamente los ancianos y enfermos, y cinco comunidades religiosas. No perdonaron los contrarios casa ni templo que no allanasen y profanasen. No hubo muger por enferma ó decrépita, que se libertase de su brutal furor. Al venerable sacerdote Don Antonio Lorenzo Urban, de edad de ochenta y tres años, ejemplar por sus virtudes, le traspasaron de cruels heridas, despues de recibir de sus propias manos el escaso peculio que todavía sa ardiente caridad no habia repartido á los pobres. Al franciscano, el P. Gas-

Caulincourt se-
quea á Cuenca.

par Navarro, tambien octogenario, atormentáronle crudamente para que confesase dinero que no tenia. Otras y no ménos cruels, bárbaras y atroces acciones mancharon el nombre frances en el no merecido saco de Cuenca.

No satisfecho Savary con el refuerzo que se enviaba á Moncey al mando de Caulincourt, despachó otro nuevo á las órdenes del general Frere, el mismo que ántes habia ido á apaciguar á Segovia. Llegó este á Requena el 5 de julio, donde noticioso de que Moncey se retiraba del lado de Almansa, y de estar guardadas las Cabrillas por el general español Llamas, revolvió sobre San Clemente, y se unió con el mariscal. Poco despues informado Savary de haberse puesto en cobro las reliquias de la expedicion de Valencia, y deseoso de engrosar su fuerza en derredor suyo, mandó á Caulincourt y á Frere que se restituyesen á Madrid: con lo que enflaquecido el cuerpo de Moncey, y quizá ofendido este de que un oficial inferior en graduacion y respetos pudiese disponer de la gente que debia obedecerle, desistió de toda empresa ulterior, y se replegó á las orillas del Tajo.

Los franceses que esparcidos no habian conseguido las esperadas ventajas, comenzaron á pensar en mudar de plan, y reconcentrar mas sus fuerzas. Napoleon sin embargo, tenaz en sus propósitos, insistia en que Dupont permaneciese en Andalucía, al paso que mereció su desaprobacion el que le enviasen continuados refuerzos. Savary, inmediato

Frere.

Segundo re-
fuerzo llevado
á Dupont por
el general Go-
bert.

al teatro de los acontecimientos, y fiado en el favor de que gozaba, tomó sobre sí obrar por rumbo opuesto, é indicó á Dupont la conveniencia de desamparar las provincias que ocupaba. Para que con mas desembarazo pudiera este gefe efectuar el movimiento retrógrado, dirigió aquel sobre Manzanares al general Gobert con su division, en la que estaba la brigada de coraceros que habia en España. Mas Dupont, ya fuese temor de su posicion, ó ya deseos de conservarse en Andalucía, ordenó á Gobert que se le incorporase, y este se sometió á dicho mandato, despues de dejar un batallon en Manzanares y otro en el puerto del Rey.

Desatendiendo á
Bessieres.

Tan discordes andaban unos y otros, como acontece en tiempos borrascosos, estando solo conformes y empeñados en aumentar fuerzas hácia el mediodia. Y al mismo tiempo el punto que mas urgía auxiliar que era el de Bessieres, amenazado por las tropas de Galicia, Leon y Asturias, quedaba sin ser socorrido. Claro era que una ventaja conseguida por los españoles de aquel lado, comprometeria la suerte de los franceses en toda la península, interrumpiria sus comunicaciones con la frontera, y los dejaria á ellos mismos en la imposibilidad de retirarse. Pues á pesar de reflexion tan obvia, desatendióse á Bessieres, y solo tarde y con una brigada de infantería y 300 caballos, se acudió de Madrid en su auxilio. Felizmente para el enemigo la fortuna le fué allí mas favorable; merced á la impericia de ciertos gefes españoles.

Despues de la batalla de Cabezón se habia retirado á Benavente el general Cuesta. Recogió dis-
Cuesta.
persos, prosiguió los alistamientos, y se le juntaron el cuerpo de estudiantes de Leon y el de Covadonga de Asturias. Diéronse en aquel punto las primeras lecciones de táctica á los nuevos reclutas, se los dividió en batallones que llamaron tercios, y esmeróse en instruirlos Don José de Zayas. De esta gente se componía la infantería de Cuesta, limitándose la caballería al regimiento de la reina y guardias de Corps que estuvieron en Cabezón, y al escuadron de carabineros que ántes habia pasado á Asturias. Era ejército endeble para salir con él á campaña, si las tropas de la última provincia y las de Galicia no obraban al propio tiempo y mancomunadamente. Por lo cual con instancia pidió el general Cuesta que avanzasen y se le reuniesen. La junta de Asturias, propensa á condescender con sus ruegos, fué detenida por las oportunas reflexiones de su presidente el marqués de Santa-Cruz de Marcénado, manifestando en ellas que léjos de acceder, se debia exhortar al capitán general de Castilla á abandonar sus llanos y ponerse al abrigo de las montañas; pues no teniendo soldados ni unos ni otros, sino hombres, infaliblemente serian deshechos en descampado, y se apagara el entusiasmo que estaba tan encendido. Convencida la junta de lo fundado de las razones del marqués, acordó no desprenderse de su ejército, y solo por halagar á la multitud, consintió en que quedase unido á los castellanos

el regimiento de Covadonga, compuesto de mas de 1000 hombres, y mandado por Don Pedro Mendez de Vigo, y ademas que otros tantos bajasen á Leon del puerto de Leitariegos, á las órdenes del mariscal de campo, conde de Toreno, padre del autor.

Tambien encontró en Galicia la demanda de Cuesta graves dificultades. Habia sido el plan de Filangieri fortificar á Manzanal, y organizar allí y en otros puntos del Vierzo sus soldados, ántes de aventurar accion alguna campal. Mas la junta de Galicia, atenta á la quebrantada salud de aquel general y al desvío con que por extranero le miraban algunos, relevándole del mando activo, le habia llamado á la Coruña, y nombrado en su lugar al cuartel mestre general Don Joaquin Blake. Púsose este al frente del ejército el 21 de junio, y perseguido Filangieri de adversa estrella, pereció, como hemos dicho, el 24. Persistió Blake en el plan anterior de adiestrar la tropa, esperando que con los cuerpos que habia en Galicia, los de Oporto y nuevos alistados, conseguirian armar y disciplinar 40,000 hombres. La inquietud de los tiempos le impidió llevar su laudable propósito á cumplido efecto. Deseoso de examinar y reconocer por sí la sierra y caminos de Fuencebado y Manzanal, habia salido de Villafranca, y pareciéndole conveniente tomar posicion en aquellas alturas que forman una cordillera avanzada de la del Cebrero y Piedra-fita, límite de Galicia, se situó allí extendiendo su derecha hasta el monte Teleno que mira á Sanabria,

Ejército de Galicia despues de la muerte de Filangieri.

y su izquierda hácia el lado de Leon por la Cepe-da. Así no solamente guarecia todas las entradas principales de Galicia, sino tambien disfrutaba de los auxilios que ofrecia el Vierzo. Empezaba pues á poner en planta su intento de ejercitar y organizar su gente, cuando el 28 de junio se le presentó Don José de Zayas, rogándole á nombre del general Cuesta, que con todo ó parte de su ejército avanzase á Castilla. Negóse Blake, y entónces pasó el comisionado á avistarse con la junta de la Coruña de quien aquel dependia. La desgracia ocurrida con Filangieri, el terror que infundió su muerte, las instancias de Cuesta y los deseos del vulgo, que casi siempre se gobierna mas bien por impulso ciego que por razon, lograron que triunfase el partido mas pernicioso; habiéndose prevenido á Blake que se juntase con el ejército de Castilla en las llanuras. Poco ántes de haber recibido la orden, redujo aquel general á cuatro divisiones las seis en que á principios de junio se habia distribuido la fuerza de su mando, ascendiendo su número á unos 27,000 hombres de infantería, con mas de treinta piezas de campaña y 150 caballos de distintos cuerpos. Tomó otras disposiciones con acierto y diligencia; y si al saber y práctica militar que le asistia, se le hubiera agregado la conveniente fortaleza ó mayor influjo para contrarrestar la opinion vulgar, hubiera al fin arreglado debidamente el ejército puesto á sus órdenes. Mas oprimido bajo el peso de aquella, tuvo que ceder á su impetuoso torrente, y pasar en los pri-

meros dias de julio á unirse en Benavente con el general Cuesta. Dejó solo en Manzanal la segunda division, compuesta de cerca de 6000 hombres á las órdenes del mariscal de campo Don Rafael Martiengo, y en la Puebla de Sanabria un trozo de 1000 hombres á las del marqués de Valladares, el que obró despues en Portugal de concierto con el ejército de aquella nacion. Llegado que fué á Benavente con las otras tres divisiones, dejó allí la tercera al mando del brigadier Don Francisco Riquelme sirviendo como de reserva, y constando de 5000 hombres. Púsose en movimiento camino de Rioseco con la primera y cuarta division, acaudilladas por el gefe de escuadra Don Felipe Jado Cagigal y el mariscal de campo marqués de Portago; llevó ademas el batallon de voluntarios de Navarra que pertenecia á la tercera. Se habia tambien arreglado para la marcha una vanguardia que guiaba el conde de Maceda, grande de España y coronel del regimiento de infantería de Zaragoza. Ascendia el número de esta fuerza á 15,000 hombres, la cual formaba con la de Cuesta un total de 22,000 combatientes. Contábanse entre unos y otros muchos paisanos vestidos todavia con su humilde y tosco trage, y no llegaban á 500 los ginetes. Reunidos ambos generales, tomó el mando el de Castilla como mas antiguo, si bien era muy inferior en número y calidad su tropa. No reinaba entre ellas la conveniente armonia. Repugnábanle á Blake muchas ideas de Cuesta, y ofendíase este de que un ge-

neral nuevamente promovido y por una autoridad popular pudiese ser obstáculo á sus planes. Pero el primero por desgracia sometiéndose á la superioridad que daban al de Castilla los años, la costumbre del mando, y sobre todo, ser su dictámen el que con mas gusto y entusiasmo abrazaba la muchedumbre, no se opuso, según hemos visto, á salir de Benavente ni al tenaz propósito de ir al encuentro del enemigo por las llanuras que se extendian por el frente.

Noticiosos los franceses del intento de los españoles, quisieron adelantárseles, y el 9 salió de Burgos el general Bessieres. No estaban el 13 á larga distancia ambos ejércitos, y al amanecer del 14 de julio se avistaron sus avanzadas en Palacios, lengua y media distante de Rioseco. El de los franceses constaba de 12,000 infantes y mas de 1500 caballos: superior en número el de los españoles, era inferiorísimo en disciplina, pertrechos, y sobre todo, en caballería, tan necesaria en aquel terreno, siendo de admirar que con ejército tan novel y desapercibido se atreviese Cuesta á arriesgar una accion campal.

La desunion que habia entre los generales españoles, si no del todo manifiesta todavia, y la condicion imperiosa y terca del de Castilla, impidieron que de antemano se tomasen mancomunadamente las convenientes disposiciones. Blake en la tarde del 13 al aviso de que los franceses se acercaban, pasó desde Castromonte, en donde tenia su cuartel general, á Rioseco, en cuya ciudad estaba el de